

PRIMERA PARTE

NOSTALGIA DE LUZ

(1940-1943)



# 1

## Deslumbrada

El último día de octubre de 1940, un jueves brumoso y gris, fue cuando Julia visitó por primera vez la Avenida de la Luz.

No hacía ni veinticuatro horas que habían inaugurado aquellas galerías comerciales, y la chica había aprovechado su viaje a Barcelona para acudir a una entrevista de trabajo. En una semana dejaría el pueblo y empezaría a servir en la casa de un médico de la parte alta de la ciudad.

El tren de Sarriá se detuvo en la parada de plaza Cataluña con una leve sacudida que hizo tambalear a los pasajeros. A ella le pareció que el vagón iba muy lleno. Seguramente, pensó, más de uno había tenido la misma idea de ir a ver las nuevas y flamantes galerías comerciales, a las que se podía acceder desde la estación.

Mientras caminaba en dirección al vestíbulo, recordó la última vez que había pisado el enlosado gris del andén. Había sido cuatro años atrás, cuando tenía doce y su abuelo la había llevado a ver las pajarerías de las Ramblas. Ya entonces se había sentido intimidada por el gentío y los ruidos que invadían el paseo, pero se había acabado acostumbrando.

Al llegar al final de las escaleras, un soplo de claridad disipó las tinieblas que ascendían desde el piso inferior. El efecto fue tan intenso que la dejó inmóvil durante unos segundos, viendo cómo la multitud seguía su camino y sus siluetas se recortaban al contraluz como sombras chinescas.

Impresionada por la visión, avanzó con timidez sin dejar de mirar la sarta de bombillas que se perdían en el horizonte de la Avenida. A ambos lados del pasillo, dos hileras de columnas sostenían el techo, que constituía la epidermis de la calle Pelayo, y custodiaban la entrada a las tiendas, ubicadas en los laterales de la galería. Encumbrada por encima de los capiteles, una hilera de luces recorría el envigado uniendo cada par de columnas y creando un juego de espejos que se multiplicaba hacia el punto de fuga.

Julia recordó entonces lo que le había contado aquella mañana Josefa, la cocinera de la casa de Sarriá.

—Cuando construyeron la estación subterránea de la plaza de Cataluña, hará unos diez años, en la sala donde estaban las taquillas también había una cafetería, un quiosco y la consigna. No era gran cosa, pero hacía su función... Después vino la guerra y no quedó nada de todo aquello porque utilizaron ese subterráneo para guardar armas. ¡Me alegra que por fin hayan hecho algo de provecho!

El primer establecimiento que encontró Julia fue una pastelería. Se detuvo tras el cristal del escaparate y su mirada se paseó por el mosaico de merengues, lionesas y tartas que resplandecían con un reflejo de azúcar.

—Señorita, ¿quiere probar nuestros *panellets*? Son los mejores de Barcelona.

Una niña de unos trece años había salido del establecimiento y sujetaba una bandeja con un surtido de aquellos pastelillos típicos de Todos los Santos. A pesar del deseo que sentía Julia de volver a saborear una de esas golosinas, la vergüenza fue más fuerte y se resistió.

La chica captó su prudencia y no le costó interpretar sus recelos.

—Es un regalo de la casa, no se sienta obligada a comprar. Sólo nos gustaría que hablara bien de nuestros productos.

A Julia le hizo gracia su desenvoltura y aceptó el ofrecimiento. Al probar el *panellet*, el sabor intenso del azúcar y la suavidad del

mazapán la hicieron estremecerse. Hacía tanto tiempo que los dulces no formaban parte de su dieta que ya ni recordaba el placer que proporcionaban. Se sintió tan agradecida que no sólo prometió a la niña que le haría publicidad a la pastelería, sino que le aseguró que en cuanto cobrara el primer salario iría a visitarla.

—Puede venir siempre que quiera, señorita. No es necesario que haga gasto en la pastelería.

—Y tú no hace falta que me llames «señorita», soy poco mayor que tú. Me llamo Julia.

—Encantada, yo soy Rosita.

Los ojos redondos y castaños de la niña desprendían una ternura que despertaba confianza.

Julia continuó su paseo. Caminaba muy despacio, fijando la mirada en los escaparates de los comercios que se abrían a ambos lados del enorme pasillo. Los cristales le devolvían su imagen, en la que percibía cierto asombro. El rostro ovalado, en el que centelleaban unos ojos oscuros y voraces, dejaba aflorar la admiración que la embargaba. Sintió un poco de vergüenza al ver el reflejo de su viejo abrigo de lana. El tejido pardo se veía desgastado, como sus cabellos mates y mal recogidos dentro del pequeño moño.

Justo entonces se dio cuenta de que la claridad allí tenía una consistencia muy diferente a la iluminación turbia que proyectaban las farolas de las calles, y una densidad mucho más etérea que la de la pálida luz que irradiaban las bombillas de las casas. Esa luminaria tenía un encanto que parecía venir de otros tiempos, de una época sin cortes eléctricos, carencias ni restricciones.

Ese brillo la conmovió, y tuvo la impresión de que, de pronto, el mundo se llenaba de belleza.

Julia llegó al final del larguísimo corredor y se detuvo un momento. La galería giraba a la derecha y se prolongaba unos cuantos metros bajo la calle Vergara. En esa zona se estaba erigiendo el futuro cine y era donde terminaba la Avenida, primer paso de un proyecto que su impulsor, Jaime Sabaté Quixal, imaginaba como

una gran urbe sofisticada que se llamaría Ciudad de la Luz. Una metrópoli subterránea bajo las arterias de Fontanella y la ronda Universidad que enlazaría las plazas de Cataluña y de Urquinaona.

Detenida bajo la bóveda irisada del imponente pasadizo, Julia tuvo la certeza de que allí podría germinar cualquier sueño. Incluso los suyos.

## 2

### Claroscuros

—¿Qué te parecen estas, Coral?

Rosita señaló un ramillete de camelias blancas a su amiga, que contemplaba un ramo de crisantemos de un morado intenso.

—No sé... Yo preferiría algo más vistoso.

—Pues a mi estas flores me parecen muy elegantes. Darían un toque de distinción a la perfumería.

Rosa, que acompañaba a Coral a las Ramblas a comprar un ramo para la tienda de perfumes del padre de ésta, dijo la última frase sin mucha convicción. Aunque creía que las camelias eran la apuesta perfecta para otorgar refinamiento al comercio, sabía que la chica no era fácil de persuadir. A punto de cumplir catorce años, Coral manifestaba ya una seguridad en sí misma que rayaba la tozudez. Tampoco ayudaba que no tuvieran los mismos gustos. Mientras que una estaba convencida de que la elegancia residía en la sencillez, la otra se inclinaba siempre hacia la exuberancia.

La amistad entre las dos adolescentes había nacido hacía tiempo en las aulas del Liceo Francés, poco después de que el colegio se instalara en un magnífico palacete modernista de la calle Provenza. Esa mansión de cuento de hadas estimulaba a menudo la imaginación de las niñas, sobre todo de las más soñadoras, como era el caso de Coral, quien había llegado al punto de convencer a sus compañeras de que era pariente lejana del antiguo propietario, un noble parisino que le había contado un montón de secretos sobre el palacio. Aquella fantasía había nacido a partir de una conversación en la que

la niña se había enterado de que el dueño del edificio había sido el Marqués de Soto Hermoso. Eso fue suficiente para construir una quimera de raíces aristocráticas perdidas, damas encerradas en las mansardas de las torres laterales y tesoros enterrados en el jardín.

Con aquellas historias fabulosas, Coral había conseguido iluminar la terrible realidad que estallaba alrededor de su mundo infantil. Gracias a esa magia, había liberado también a sus compañeras del peso de una ciudad que se derrumbaba. De un presente que se resquebrajaba con cada ataque y que habían vivido muy de cerca el día en que un bombardeo de los nacionales cayó sobre el instituto y mató a uno de los niños. El recuerdo de esa mañana todavía ensombrecía los sueños de Rosa con terribles pesadillas. Sólo la evocación de una existencia alejada de aquel horror había sido capaz de apaciguar el ardor intenso del miedo.

Hacía un par de años que las niñas ya no estudiaban en el Liceo Francés. Una vez terminada la guerra, la institución había tenido dificultades para salir adelante, ya que el Régimen no la veía con buenos ojos.

—Francia forma parte de los países aliados —había oído decir a su padre Rosita, poco antes de que la matricularan en el colegio de Jesús María de la calle Caspe.

—Pero si el Gobierno se ha declarado neutral... —había objetado su madre, a quien le gustaba la escuela y no se resignaba a renunciar a ella.

—Ya no, ahora su postura es de no beligerancia. Ha visto que el ejército alemán está consiguiendo muchas victorias y los apoya. Además, al Régimen no le gusta el centro porque, además de los hijos de franceses que viven en Barcelona, también estudian los de familias catalanistas y rojas.

Por eso, poco después de terminada la Guerra Civil, ambas niñas habían sido inscritas en colegios religiosos. Sin embargo, el azar había querido volver a unir sus destinos, ya que sus padres habían abierto sus negocios en la Avenida de la Luz.



Coral pagó a la florista y, con el ramo de crisantemos en las manos, sonrió con satisfacción. Tenía una sonrisa limpia que le refulgía entre las mejillas con un brillo casi mágico. Aquél era uno más de sus encantos, una serie de rasgos que, unidos a su físico dulce y exuberante a la vez, la hacían casi irresistible. Era un contraste éste, el de la palidez del rostro y el de la opulencia de los labios encendidos, lo que matizaba su belleza. Consciente de ella, procuraba que sus cabellos inusualmente rubios lucieran lo más libremente posible dentro de la corrección.

A diferencia de Rosa, que con sus escuálidas trenzas y su postura encogida parecía desvalida y enjuta, ella mantenía un porte exquisito mientras se movía con gracia entre el verdor colorido de aquel tenderete de la Rambla.

Desde que Rosita recordaba, su amiga había sido siempre así: coqueta, seductora y caprichosa. Hubiera sido fácil sentirse celosa, pero, en lugar de eso, había desarrollado una adoración creciente hacia ella y una fascinación que iba aumentando con el tiempo.

El día en que se enteró de que los padres de Coral abrían una perfumería en la Avenida de la Luz había sido el más feliz de su vida. De repente, vinieron a su cabeza los relatos maravillosos que la inventiva de su compañera aderezaba con toques románticos y épicos que las trasladaban a otro universo. El reencuentro había sido hacía unos meses, al finalizar los ajustes previos a la apertura de la galería subterránea. Desde entonces se habían visto a menudo. Rosa aprovechaba cualquier ocasión para ir a la pastelería que regentaba su padre y que se encontraba a pocos metros de la perfumería de la familia de Coral.

Las dos chicas subieron Rambla arriba cogidas del brazo, dejando atrás los tenderetes de las floristas. El soplo fragante de sus ramilletes había conseguido aplacar la intensidad del olor que subía desde el mar. Ese perfume llevaba también el peso de la humedad que empapaba las calles y los edificios. El mes de febrero se intuía lluvioso a juzgar por el manto de nubes que bajaban desde las montañas de Collserola.

—Mañana vendrá Julieta, ¿verdad? —preguntó Coral.

Desde que Rosita la había conocido, el día siguiente a la inauguración de la Avenida, la joven criada había simpatizado de inmediato con ella y con su amiga.

—Sí, es su día libre, y ya sabes que siempre viene a vernos.

—¡Estupendo! Le quiero enseñar una colonia nueva que nos ha llegado, Agua de Lavanda, de Dana.

—Conozco esa marca; es la del perfume que utiliza mi madre, Tabú.

—Anda, chica, pues claro; es que tiene mucho éxito entre las señoras. Pero el que yo te digo es para jóvenes, y Julieta, aunque sólo sea una criada, tiene bastante estilo. Además, se pasa el día en Sarriá, entre la alta sociedad. Es normal que se le haya desarrollado el buen gusto.

Las dos amigas continuaron su trayecto hacia la Avenida de la Luz. El aroma de las flores se había ido desvaneciendo y una emanación acre comenzaba a inundar el populoso paseo.

Antes de llegar a la rambla de los Estudios, el piar de las aves les anunció la proximidad de los pajareros. Tranquilamente sentados junto a las jaulas, amontonadas alrededor de los árboles, parecían ajenos a los paseantes. Las chicas ralentizaron la marcha para contemplar los canarios y periquitos que saltaban entre los barrotes. Su alegre griterío y el color de sus plumas contrastaban con la pátina cenicienta que envolvía toda la ciudad.

Esa aparente vivacidad lograba atravesar el manto de pesadumbre que cubría a la población desde que había terminado la guerra. Como un haz de luz estallando en lo más denso de la noche.

El alboroto de los pájaros fue quedando atrás y apenas era un rumor cuando avistaron, bajo las ramas desnudas de los plátanos, la fuente de Canaletas. El antiguo manantial gozaba de la misma popularidad de siempre, una fama que venía de muy antiguo, cuando las murallas de Barcelona aún no habían sido derribadas. En aquellos tiempos, el surtidor se hallaba dentro del antiguo edificio de la

Universidad de Barcelona conocida entonces como Estudios Generales, motivo por el cual a aquel tramo se lo llamaba rambla de los Estudios. Pero, dos siglos atrás, Felipe V había suprimido la universidad convirtiendo el edificio en un cuartel. Desde entonces la fuente se ubicaba en el centro del paseo, donde había continuado disfrutando de su fama legendaria, reuniendo colas de ciudadanos que querían llevarse el agua más clara y fresca de la ciudad.

Antes de la guerra el padre de Rosa solía ir allí para enterarse de los resultados de los partidos que el Barça jugaba fuera de casa. Como él, los demás seguidores del equipo se desplazaban hasta la redacción del diario *La Rambla*, donde colgaban una pizarra con los resultados, y, en caso de que el Barça ganara, lo celebraban en la fuente de Canaletas.

Al aproximarse al manantial, las niñas observaron cierta animación alrededor del quiosco situado a pocos metros. El pequeño pabellón abierto invitaba a los peatones a detenerse y los tentaba con sus anuncios de bebidas. Los paneles rectangulares que rodeaban la estructura mostraban publicidad de Ron Prunés, Anís Azul y Brandy Barbarroja. Un poco más arriba, coronando la cúpula, se veía la publicidad de la destilería Montplet, una empresa barcelonesa que fabricaba y vendía licores a nivel nacional.

—Mi abuela dice que se acuerda de cuando lo construyeron, cuando ella era joven —comentó Coral mientras se acercaban al templo—. Dice que era de madera y que vendían aguardientes y anises.

—Sí, a mí también me lo han contado en casa, y que tuvo tanto éxito que encargaron construir un edificio nuevo a Puig i Cadafalch.

—Debe de ser éste que hay ahora.

—No, qué va. He visto postales del antiguo y los paneles de los anuncios eran redondeados.

Coral se encogió de hombros. Sabía que no podía añadir nada a lo que decía su amiga, porque ella dominaba mejor la historia y las anécdotas. Rosita continuó:

—Según me contaron, el señor que tuvo la idea de poner el quiosco fue el mismo que abrió el Bar Canaletas. Por cierto, ahora han puesto un restaurante.

—A mí me gusta más el Nuria porque hacen unos helados buenísimos... ¡Me muero de ganas de que llegue el verano para comer uno!

Mientras dejaban atrás el pabellón de Canaletas, un joven de rostro chupado que caminaba en dirección al mar las miró por debajo del sombrero y repasó a Coral de arriba abajo con avidez. Justo cuando pasaron por su lado, el chico se detuvo y exclamó:

—Niña, eres más preciosa que un bocadillo en ayunas.

Coral se volvió con intención de responderle, pero un gesto de Rosa la detuvo.

—Ya sabes que es mejor no decir nada. Si le contestas, pensará que eres una mala mujer.

Algo asustadas, aceleraron el paso dejando atrás la Rambla y cruzando la vía en dirección a la calle Pelayo. Atrás quedaba también la plaza de Cataluña, donde hacía unos meses habían levantado un obelisco adornado con las flechas de la Falange y una cruz. Un monumento destinado a recordar a los «caídos por Dios y por España» el 2 de mayo de 1808. Por suerte, la propuesta de rebautizar aquel céntrico lugar como plaza del Ejército Español no había prosperado y mantenía su nombre de siempre.

Sin embargo, los días en que los cafés y restaurantes de la plaza eran frecuentados por la élite social y cultural de la ciudad habían quedado muy lejos. Los intelectuales y periodistas hacía mucho que habían dejado de reunirse en la terraza del Hotel Colón, y con ellos se había esfumado ese cosmopolitismo que había hecho de Barcelona un emblema. Pronto, el edificio donde habían estado los estudios de Radio Barcelona y que albergó la sede del Partido Socialista Unificado de Cataluña durante la guerra sería derribado y sustituido por una entidad bancaria.

Rosita y Coral continuaron su camino, deseosas de llegar a su Avenida llena de luz.

### 3

## Espectro visible

Una luz muy tenue se filtraba por los postigos de madera de la ventana. Aquella claridad arrastraba aún retazos de noche, y apenas vencía el frío de la habitación. A pesar de ello, Julia retiró las sábanas y la colcha para incorporarse en la cama.

Tras unos primeros días de sueños inquietos, debidos al desasosiego que le producía su nueva vida en Sarriá, la joven había terminado por acostumbrarse a ese lecho. Sólo había necesitado un par de meses para sacudirse el nerviosismo y el miedo que le provocaba servir en una casa de señores. Esa tarea nada tenía que ver con los trabajos en la fábrica que había realizado en los últimos dos años. Tampoco con la gente que conocía, obreros y gente humilde, para quienes el día a día era una lucha contra el hambre y las carencias.

Por suerte, ella había sentido desde muy pequeña interés por estudiar, y aquella afición había sido un refugio donde sentirse protegida. Los días pasados en la escuela de Martorell los recordaba con añoranza, y era allí, en el lugar que ocupaban en su memoria, donde se cobijaba siempre que quería sentir una chispa de felicidad.

De no haber sido por la guerra, habría continuado yendo al colegio. Pero la sublevación había dejado en el municipio una huella de fuego y sangre que había cambiado la vida de todos. Para Julia había sido como si, de repente, una nube oscura cubriese de sombra todo lo que estaba vivo. La alegría de los domingos, los juegos al salir de la escuela, la ilusión de estrenar vestido... Todo

había sido arrastrado por la tormenta que había transformado en ceniza y escombros su ciudad.

Nunca olvidaría cómo, poco después de iniciarse el conflicto, había ardido la iglesia de Santa María y cómo algunos de sus vecinos habían sido asesinados. Por primera vez en su vida, Julia había tenido que enfrentarse a la muerte. Hasta entonces los difuntos habían sido gente lejana a la que no ponía rostro, pero desde ese día había tenido que aprender a convivir con el duelo, con la sensación extraña de asumir la ausencia que dejó toda aquella gente. Y el vacío que quedó fue mucho más hondo que la visión derrotada y ennegrecida de los restos del templo donde no hacía mucho había comulgado.

Después de aquello habían venido tres años de zozobra, de sentir cómo la desesperanza crecía a su alrededor a medida que la guerra seguía su curso y las tropas franquistas se acercaban a Martorell.

Éstas llegaron al pueblo un mes de enero que ella recordaba encapotado y gris, aunque quizá se debía a los aviones de los nacionales que oscurecieron el cielo mientras los bombardeaban. Mucha gente murió durante el ataque, y, sin embargo, lo peor aún no había llegado. Cuando el municipio fue ocupado al fin, descubrió con horror que los supervivientes no eran más que meros fantasmas.

En la devastación que siguió a ese día, el refugio de Julieta habían sido los libros. Releyendo viejos números de la revista *En Patufet* o adentrándose en las páginas de las novelas de la «Biblioteca Oro» de la Editorial Molino, volvió a sentir antiguas y placenteras emociones. Aquellas lecturas no le habían proporcionado la misma educación que habría logrado finalizando los estudios de secundaria, pero le aportaron una corrección en el modo de expresarse que influyó mucho en la entrevista que tuvo con la señora Artigas, antes de ser admitida a su servicio.

—Me han dicho que necesitan criada en casa de un médico de Sarriá —le había dicho a su madre la prima Isabel en su última visita—. Quieren que sea soltera, decente y que sepa coser. Es una buena oportunidad para tu Julieta.

La mujer hacía más de dos décadas que servía en un palacete del paseo de Gracia, y se había enterado de la oferta laboral gracias a una conocida que trabajaba como cocinera para aquel médico de Sarriá. Según le explicó, la anterior criada se casaba, y buscaban una chica con buenas referencias. Nada más saberlo, la prima se había apresurado a avisar a la madre de Julia, puesto que sabía que la chica soñaba con ir a la gran ciudad.

Cuando Julieta fue a entrevistarse con la señora, había quedado impactada ante la magnificencia exterior de la vivienda del doctor Esteve Artigas, ubicada en Mayor de Sarriá. Aunque no era una construcción monumental, tenía una presencia ampulosa, con sus esgrafiados en la fachada y sus balcones de forja que evocaban otros tiempos.

El interior, en cambio, mostraba una opulencia contenida, una sobriedad que remitía a la elegancia equilibrada de los clásicos, impregnada de aquella oscuridad de posguerra. Muebles pesados, apretados cortinajes, mármol y alfombras de color granate o esmeralda oscuro.

Mientras se sentaba en un extremo del sofá aterciopelado, su futura señora la había mirado con aire ausente. A pesar de estar cercana a la cuarentena, la dama tenía el cuerpo frágil de una adolescente. Sus ojos, de un gris apagado, parecían más acostumbrados a mirar adentro que hacia afuera. Quizá por eso mostraba siempre una actitud displicente.

Julia se había sentido intimidada por los ademanes afectados de aquella mujer. Sin embargo, no había podido evitar fijarse en la elegancia de su peinado «arriba España» coronado con un flequillo que se alzaba. Ni tampoco en su traje bien cortado, elegante pero austero, en el que un collar de perlas era el único ornamento que destacaba en la tela de un color pardo.

La muchacha la había saludado con una sutil reverencia, y contestó a sus preguntas sobre su edad y origen casi con monosílabos. Al cabo de unos minutos, la dama había clavado en ella sus ojos melancólicos para sorprenderla al exclamar:

—Me han dicho que tiene usted muy buena educación, pero parece que se le ha comido la lengua el gato.

Julia no se había atrevido a mirarla directamente, aunque sabía que no podía quedarse con la cabeza baja y enmudecida si quería conseguir el trabajo. El reloj de una iglesia había empezado a tocar cuartos cuando ella dejó de mirar el suelo y fijó su mirada en la señora. De repente, las palabras empezaron a brotar con el empuje de una cascada.

Aquel chorro de elocuencia tuvo la virtud de convencer a la señora Artigas de la educación y buenas maneras de la joven, porque la semana siguiente se incorporaba al servicio de la casa.

Había pasado más de un año desde aquella mañana, y ya hacía mucho que se había habituado a las rutinas de la casa y a sus habitantes. No le había costado nada congeniar con Josefa, la cocinera, una mujer rechoncha y afable que llevaba casi toda la vida al servicio de la familia. A diferencia de otras criadas, que dejaban el trabajo al casarse, ella se había mantenido soltera y fiel a los Artigas.

—Aquí no me falta de nada —le había dicho un día mientras Julia la ayudaba a preparar la comida—. Tengo techo y comida. Además, los señores siempre me han tratado bien. Son prácticamente la única familia que tengo.

—¿No tiene a nadie más?

—Bueno, una hermana, pero vive en la Esplugu de Francolí y hace mucho que no nos vemos. Me fui del pueblo muy jovencita y me coloqué en casa del padre del doctor Artigas, en el paseo de Gracia. Allí es donde conocí a la prima de tu padre, Isabel, que trabajaba para los vecinos. Me parece que todavía sigue allí, ¿verdad?

—Sí, tiene la misma fidelidad que usted.

Josefa había soltado entonces una gran carcajada, tras la cual siguió trajinando en los fogones de la cocina económica. Julia había continuado interrogándola.

—Y ¿nunca ha pensado en casarse?



—¡Uy, hija! Jamás tuve tiempo para eso. Las tareas de la casa me tenían muy ocupada, y eso que cuando yo estaba para merecer había más sirvientes que ahora. Dos criadas y, además, una nodriza que se encargaba de los tres niños. Hubo una época en que tuve una ayudante de cocina y todo.

—Y ¿qué pasó con ellos?

—Pues que los tiempos cambian. Los niños crecieron, las criadas se fueron casando y ahora vienen a trabajar por horas. Ya no es como antes, cuando en las casas de postín debía haber criadas viviendo. Es más moderno contratar planchadoras, lavanderas, costureras..., ¡lo que haga falta!

Por Josefa había sabido también que el señor, el doctor Artigas, era un médico con muy buena reputación en las altas esferas. Según la cocinera, tenía muchas amistades vinculadas al Régimen y, gracias a ello, gozaba ahora de una clientela selecta y acaudalada.

El doctor Esteve Artigas era un hombre apuesto, al que la incipiente madurez del final de la treintena había añadido un encanto que cautivaba. En sus ojos oscuros flameaba un brillo intenso que turbaba a Julieta. Era una mirada penetrante que brillaba, desafiante, bajo sus cejas espesas. Sin embargo, cuando sonreía transmitía una ternura que no casaba nada con la formalidad del bigotito cuidadosamente recortado.

A la muchacha no le había costado mucho darse cuenta de que Josefa sentía devoción por su señor. Esto explicaba que ignorara la faceta galante del doctor Artigas, quien no desaprovechaba ninguna ocasión para intentar seducir a cualquier fémina con quien tuviera trato. Aunque esta actitud le disgustaba, Julia sabía de la existencia de ese tipo de macho que disfruta más exhibiendo sus dotes conquistadoras que conquistando.

Pronto se daría cuenta de que se equivocaba.

La joven se frotó los ojos mientras se levantaba de la cama. Moviéndose en la penumbra, no tardó mucho en localizar su ropa. Aquella estancia era bastante reducida y sólo ella dormía allí. Se

cubrió los hombros con un chal de lana y, con el vestido y las medias en la mano, abrió la puerta con sigilo.

La habitación daba a un estrecho pasillo que recorrió hasta llegar al pequeño retrete situado al fondo. Una vez dentro, se limpió en el lavamanos frotándose bien la piel con una pastilla de jabón de sales de agua de La Toja que había comprado recientemente en la perfumería de Coral. El agua, que manaba escasa del grifo, contenía aún la gelidez de un invierno que se resistía a marchar. Aquel helor le produjo un escalofrío que se transformó en una ola de calor al activar sus arterias.

El enorme caserón era el dominio del frío y la humedad durante una estación que parecía eterna. La escasez de combustible hacía muy difícil calentar los hogares, incluso los de los señores, por lo que tenían que combatir los rigores del invierno como podían. Julieta lo hacía procurando mantenerse activa la mayor parte de la jornada, lo cual no era difícil ya que ella sola debía encargarse de mantener ordenada y limpia toda la vivienda. Afortunadamente, los hijos del dueño ya no eran criaturas y no tenía que atenderlos. Sin embargo, mantener limpia una mansión como aquella requería muchas horas y dedicación.

Después de lavarse, Julia empezó a vestirse viendo cómo la oscuridad se deshacía a través del ventanuco que se abría junto al techo. De repente, una certeza iluminó su pensamiento.

Era jueves.

## 4

### Llamaradas

No se cansaba de mirarla. Desde el día en que la había visto por primera vez, la mañana después de ser contratada, Julia se había quedado prendada de ella.

Esa mañana, como todas las que vendrían después, debía comenzar las tareas de limpieza por la consulta que el doctor tenía instalada en la planta baja de la casa, que comunicaba con el vestíbulo de entrada. Allí era donde el señor Artigas recibía a la selecta clientela que eran sus pacientes, ayudado por la señorita Eulalia, una joven de poco más de veinte años que se encargaba de las tareas de recepción y administración.

La secretaria ocupaba la sala de espera por donde se accedía al gabinete del médico, una estancia alfombrada y decorada con cortinas pesadas que apenas dejaban pasar la luz de la calle. No muy lejos de las butacas tapizadas de terciopelo morado, donde esperaban los pacientes, la secretaria tenía su mesa de despacho, y allí, presidiendo la lisa superficie de caoba del mueble, se encontraba su adorada: la máquina de escribir.

Hacía tiempo que Julieta soñaba con aprender mecanografía para tener una mejor perspectiva en su futuro laboral. Sabía que con esos conocimientos no le sería difícil conseguir un trabajo de oficinista o de mecanógrafa. Por eso se había comprado unas semanas atrás el libro *Mecanografía. Método Práctico*, de Alfonso Miguel Vilanova. Ahora sólo necesitaba una máquina para practicar. Desgraciadamente, sus ingresos ni siquiera llegaban para comprar una de segunda mano.

Aquel viernes, mientras recorría con el paño la oscura armadura de hierro de la Hispano Olivetti, se imaginó que era ella quien tecleaba sentada ante la mesa. Nada le hubiera gustado más que tener un modelo como ése, la clásica M40 que había creado la fábrica italiana doce años atrás.

Esos pensamientos le recordaron lo que le había dicho Rosita el día anterior, tras confesarle sus intenciones de aprender a escribir a máquina.

—En la academia Khünel dan clases de mecanografía. Justamente ayer lo vi en el diario. Y está aquí mismo, en la calle Vergara.

—Pero será muy caro.

—En el anuncio decía diez pesetas al mes por una hora diaria.

Julietta había exhalado un largo suspiro. Aunque se esforzase por encontrar una hora al día para ir a la academia, pensó, no podía destinar tanto dinero de su salario. La mayor parte la enviaba a su familia y el resto lo ahorra para cuando se casara.

El recuerdo de la conversación entristeció un poco a Julia. No quería que su futuro fuera servir, aunque fuese en una casa de prestigio. Por más aprecio que tuviera a Josefa, y aunque la viese contenta con su destino, sabía que ella nunca podría acomodarse a la misma resignación agradecida.

Un rumor de voces la sacó de su ensimismamiento. La joven criada se quedó inmóvil, con el trapo todavía en la mano, intentando averiguar si se aproximaba alguien. Durante unos segundos no escuchó nada hasta que, de repente, oyó un murmullo apagado que venía del vestíbulo que daba acceso a la sala de espera. Quizá fue la mala conciencia de tener esos sueños de prosperidad o, tal vez, el tono de clandestinidad que arrastraban las voces lo que la llevó a esconderse. En realidad, no tenía ningún motivo para hacerlo, pues no hacía más que seguir su rutina de trabajo.

Empujada por un instinto que la alertaba, la chica se ocultó tras los cortinajes que cubrían los ventanales de la pared del fondo. Con el corazón acelerado, oyó cómo giraba el pomo de la puerta. Ner-

viosa, se mordió el labio y pidió mentalmente que fuera Josefa, aunque sabía que pocas veces la cocinera se pasaba por esa zona de la casa.

Sus esperanzas se esfumaron al ver entrar a la señorita Eulalia. «Y ahora ¿qué explicación le voy a dar por haberme escondido?», pensó, pero no pudo urdir ninguna excusa ya que, inmediatamente después, el doctor Artigas irrumpió en la sala. Las cosas sucedieron a tal velocidad y la cogieron tan de sorpresa que ni siquiera tuvo tiempo de asombrarse.

Nada más cerrar la puerta, la secretaria se volvió hacia él, que la sonreía de una manera extraña. El doctor murmuró algo que Julia no logró entender y, entonces, ambos sofocaron una risa nerviosa, como si fueran dos adolescentes. De pronto, el doctor tomó a la señorita Eulalia por la cintura y la apretó contra su cuerpo. Pero ella, en vez de rechazarlo, le dejó hacer y permitió que la besara en la boca con un beso que no se acababa nunca. Julieta se iba pegando más y más contra la pared, como si la presión pudiera hacerle atravesar los ladrillos y trasladarla fuera de la estancia. Por suerte, no fue necesario.

El señor arrastró a su ayudante dentro del gabinete, momento que la criada aprovechó para salir disparada de la consulta, tratando de no hacer ruido.

Subió las escaleras, intentando poner el máximo de distancia entre ella y lo que estaba sucediendo abajo. Al llegar al piso superior, tuvo que detenerse un rato para tomar aire. Estaba tan sofocada que le ardían las mejillas. Mientras su respiración se acompasaba, la chica intentó asimilar lo que acababa de ver.

Contrariamente a lo que había pensado, los rasgos seductores de su señor no se limitaban al juego y a la apariencia, sino que iban mucho más allá. A partir de ese momento, se dijo, debería vigilar. Sabía el peligro que corrían las criadas con amos de este tipo. Y su futuro ya era bastante decepcionante como para oscurecerlo con un obstáculo más.

El resto del día lo pasó inquieta. Trajinaba por la casa intentando ahuyentar de su cabeza la vergonzosa imagen que había presenciado. La escena había activado una opresiva sensación de temor en ella que debía servirle de advertencia. Sin embargo, tenía que ser discreta y seguir actuando como si nada si quería mantener su puesto de trabajo. Ella sólo era una chica de pueblo, una simple criada que, aunque no se resignaba a permanecer en aquel precario escalafón social, en aquellos momentos necesitaba conservar el trabajo.

—Quizá dentro de unos meses tendrás ahorrado dinero suficiente para pagarte el curso de mecanografía.

Las palabras de Rosita acudieron una vez más a su memoria. Estaba claro que su amiga tampoco quería aceptar que Julieta sacrificara sus sueños.

—Lo veo difícil. Como en Sarriá me dan comida y habitación, la paga no es gran cosa. Y ya sabes que en mi casa necesitan que les envíe dinero. Además, tengo que ahorrar para cuando me case.

—Claro que lo sé, pero si en lugar de ahorrarlo lo invirtieses en aprender a escribir a máquina podrías encontrar otra colocación mejor pagada. Entonces conseguirías antes la cantidad que necesitas para poderte casar.

La reflexión de Rosita tenía su lógica, pensó; el problema era que Julia no disponía de mucho tiempo. En unos meses cumpliría los dieciocho, y en un par de años llegaría a la edad en que la mayoría de las chicas empezaban a casarse. Debería espabilarse si quería estudiar, encontrar otro trabajo y festejar. Sin embargo, se dijo mientras sacaba lustre a la cubertería de plata, tampoco tenía prometido. Por tanto, la opción de instruirse no era tan disparatada.

Aquel pensamiento la hizo sonrojarse. Acababa de recordar el inesperado encuentro que había tenido el día anterior, cuando regresaba en tren a Sarriá. Como era su costumbre, había aprovechado el trayecto para leer un rato. Perdida entre las hojas de la novela de Luisa María Linares, *En poder de Barba Azul*, ni siquiera se había

dado cuenta de que la observaban. Había sido después, al cerrar el volumen porque se acercaba su parada, cuando el revisor se le había acercado y, señalando el libro, le había comentado:

—Parece ser que la película está teniendo tanto éxito como la novela.

—Pues no lo sé, no la he visto.

—Yo tampoco, no se crea. Pero lo he oído decir. Ahora la autora acaba de sacar un nuevo título. ¿Lo ha leído?

Julia se había encogido un poco de hombros. Le daba vergüenza decir que no se podía permitir pagar las dos pesetas con cincuenta que costaban las novelas. Por eso compraba de segunda mano lo que encontraba en los tenderetes de libros que desde hacía seis años se instalaban los domingos en el exterior del mercado de San Antonio. En vez de eso, la joven criada había optado por responder.

—Aún no. Primero tengo que terminar ésta.

Esa respuesta había hecho sonreír al revisor, que le dedicó una mirada de complicidad. Justo entonces Julieta tuvo la certeza de que el hombre sabía que sus lecturas no tenían nada que ver con los gustos, sino con el bolsillo. Pero había sido lo suficientemente delicado como para no añadir ningún comentario.

Cuando llegó el momento de bajar del vagón, él se había despedido con amabilidad, y en sus ojos Julia había visto despuntar una chispa de esperanza. La muchacha no lo había sabido interpretar, pero la semilla de un sentimiento había arraigado en ella y emergería pronto de sus profundidades de soledad y desencanto.

Con la mente aún un poco ausente, Julia se apresuró a sacudir las alfombras de los dormitorios. Sus pensamientos estaban muy lejos de allí. El recuerdo de aquel trayecto en el tren la evadía del presente, endulzando sus emociones y dejándole un grato estremecimiento en medio del pecho.

A partir de ese día, Julia comenzó a deshilar los recelos que durante años habían tejido a su alrededor para protegerla de los

extraños. Porque, aunque no dejaba de ser un desconocido, había sabido reconocer en el ferroviario una luz que no venía de los ojos ni de las palabras. Una transparencia que, simplemente, la iluminaba.



## 5

### Bajo los focos

—Padre, ¿me compra unos caramelos?

Un niño de unos siete años tiraba suavemente de la americana de su progenitor mientras señalaba la bombonería, situada justo al lado del cine que estaba a punto de inaugurarse.

—Bueno, pero porque es año nuevo; no te acostumbres.

Apoyado en una de las jambas del portal que daba acceso a la sala, Domingo contemplaba la escena al tiempo que observaba el gentío que llenaba la avenida aquel primer día de 1943. Al igual que sus compañeros, lucía un traje oscuro con corbata que le distinguía como acomodador.

La vivacidad colorida de las fiestas navideñas chispeaba en los escaparates de las tiendas y engalanaba las columnas de la extensa galería. Pero la gente no destacaba menos, con sus indumentarias recién estrenadas y con la alegría espoleada por la excitación de las fiestas.

El joven se fijó en que las señoras se habían animado a romper la monotonía del negro y del marrón de sus vestidos con sutiles toques de color. Aunque el corte de las vestimentas continuaba siendo sobrio y muy sencillo, pudo ver alguna falda estampada o jaspeada. Algunas privilegiadas, incluso, se habían atrevido a exhibir abrigos de piel, obtenidos, sin duda, a través del contrabando.

El hecho de que su padre fuese sastre nada tenía que ver con la costumbre que tenía Domingo de observar el vestuario de las damas. Lo que a él le interesaba era lo que imaginaba, oculto bajo las

ropas ásperas y providencialmente reducidas, como consecuencia de la escasez, hasta el límite que permitía la decencia.

Los años en que trabajó de aprendiz en la sastrería le habían servido únicamente para darse cuenta de que esa profesión no era para él. El chico prefería ir a echar una mano a su tío, que trabajaba de acomodador en el Odeón, un popular cine de la rambla de San Andrés de Palomar. Había sido precisamente esa experiencia la que le había servido para conseguir que le contrataran en la sala que se inauguraba ahora en la Avenida.

A punto de cumplir los dieciocho, Domingo se sentía liberado de un destino de comerciante ligado a jornadas interminables de medir, cortar y coser ropa para caballeros. Lo que él ansiaba era deleitarse en la belleza perfecta de las estrellas de la pantalla. El aura dorada de la rubia platino Jean Harlow había sido la primera en encender su llama. Poco después le había subyugado el aire enigmático de Greta Garbo, *la Divina*, y el encanto contenido de Claudette Colbert. Aunque también le gustaba mucho la belleza de las divas nacionales como Imperio Argentina y Amparo Rivelles.

Pero la fascinación que sentía por la geografía curvilínea de las mujeres no se limitaba sólo a los astros de la pantalla. A medida que se hacía mayor, el chico notaba cómo cada vez con más frecuencia ésta traspasaba el ámbito del celuloide y crecía con él, a pesar de los escotes recatados y la monotonía cromática de los vestidos femeninos.

—Disculpe, ¿falta mucho para que podamos entrar? —le preguntó el señor que acababa de regresar de la bombonería donde había comprado los caramelos a su hijo.

—Sólo quince minutos, caballero.

—Hoy es la inauguración, ¿verdad?

—Así es. Esta mañana a las once en punto.

El Cine Avenida de la Luz abría las puertas al público por primera vez y ya había una multitud congregada alrededor de los escalones que conducían a la entrada. En su mayoría eran matrimonios

con niños, ya que la sala ofrecía un programa de homenaje al animador estadounidense Walt Disney. Pero también había curiosos que querían ver el nuevo local emplazado en uno de los extremos del pasillo comercial, en el tramo que quedaba justo debajo del cruce de Pelayo, Vergara y Balmes.

El propietario del nuevo negocio era Pedro Balañá Fuertes, único hijo del empresario del mismo nombre al que llamaban «don Pedro». La adquisición del cine había sido un regalo del padre al heredero, dado que éste sentía más afición por la cinematografía que por los negocios del patriarca, quien gestionaba plazas de toros en toda España.

Ese viernes se estrenarían con la proyección de cinco cortometrajes de dibujos animados a todo color de Walt Disney y con la película *El pequeño Lord*. Domingo debería trabajar todo el día, ya que a partir de las tres y media volvía a empezar la sesión continua. Afortunadamente, el cine no estaba muy lejos de la pastelería donde la presencia de Rosita no le había pasado por alto. Su apariencia cándida, con los cabellos oscuros bien recogidos y una actitud decorosa, tenía algo que le encandilaba. Desde que la había conocido, días atrás, cuando la chica le había despachado un cucurucho de peladillas, no había dejado de flirtear con ella. La dulzura de su rostro y sus ojos castaños le recordaban un poco a Maureen O'Sullivan, la heroína de las películas de Tarzán.

Tras la inauguración, el tráfico constante de espectadores lo mantuvo ocupado durante toda la mañana. Parecía que ninguna familia barcelonesa quisiera perderse el evento. La animación en la zona donde estaba la sala se añadía al movimiento de los visitantes que querían pasar el primer día del año en la Avenida de la Luz. Era como si aquel lugar les ofreciera el doble privilegio de guarecerse de la grisura mísera del exterior y de aislarse del panorama ruinoso que asolaba buena parte del mundo.

Hacía poco más de un año que Estados Unidos había respondido al ataque de Pearl Harbor por parte de la aviación nipona con

una declaración de guerra a Japón. Aquello había provocado la intervención de los norteamericanos en el conflicto bélico, que ahora ampliaba su campo de batalla y se extendía por Asia y el Pacífico. Mientras tanto, en Europa, el ejército alemán seguía combatiendo las tropas soviéticas en Stalingrado.

Lejos de aquella devastación, la Avenida de la Luz era un lugar al margen del espacio y el tiempo que volvía a conectar a las personas con antiguas sensaciones. Allí eran capaces de recuperar la ilusión, el aprecio por los detalles, la fuerza para pensar en el futuro.

La mañana pasó rápida y la afluencia de gente se redujo hacia el mediodía. Fue el momento en que Domingo aprovechó para pedir permiso y acercarse a la pastelería. Antes de entrar, se aseguró de que Rosita estuviera allí. No era la primera vez que iba y la chica había salido a pasear con Coral y Julieta.

Tras echar un vistazo a través de los cristales, fingiendo que miraba la repostería del escaparate, el chico la vio despachando tras el mostrador. En la tienda sólo había un par de clientes y la señora Teresa, madre de Rosa. Pero él quería hablarle a solas. Por eso, esperó a que ella lo viera y sólo entonces le hizo señales para que saliera.

—¿Por qué no entras? —le preguntó la chica asomándose por la rendija de la puerta entornada.

—Sólo tengo un momento y quería verte. He de volver al cine enseguida, pero no podía dejar de saludar a mi estrella favorita.

—Muy galante, como siempre..., pero es muy fácil decir palabras bonitas. ¡A ver si un día tienes un detalle conmigo y me invitas a ver una película!

—Cuando quieras, Rosita. Te haré un buen precio.

—¡Caramba! Pues es muy poco caballeroso hacer pagar a una señorita.

Domingo se acercó más y la miró de arriba abajo antes de responderle. Aquella expresión de niña enfurruñada le encendía el deseo.

—Es un precio simbólico, preciosa. Y te aseguro que lo pagarás con gusto.

—Pues tú dirás...

—Un beso de esos labios tan dulces como los confites que me vendes.

Una mueca borró la tierna expresión de enojo de la muchacha, y puso en su rostro un gesto de indignación.

—¡Sinvergüenza! Pero ¿qué te has creído? ¡Yo soy una chica decente! No creas que porque Coral es amiga mía yo soy igual. Ve y pídeselo a ella, a ver qué te dice.

El silencio que siguió al enfado de la chica fue roto por la música de una radio que se colaba desde un local cercano. Era el estribillo de una conocida copla de Concha Piquer.

*A la lima y al limón,  
tú no tienes quien te quiera.  
A la lima y al limón,  
te vas a quedar soltera.*

Domingo dio un paso atrás y, antes de que ella desapareciera, le espetó.

—Como quieras, preciosa, pero ten cuidado, porque si sigues así te pasará como a la de la canción y te quedarás para vestir santos.

Rosita le despidió con un enérgico portazo.